

saciones y revelaciones, las ha publicado en italiano Gigli; Siena 1707 sig. 15. Fabric. Bibl. med. et inf. lat. I. 363 sig. Le lettere di S. Caterina da Siena ridotte a miglior lezione e in ordine nuovo disposte por Nicc. Tommaseo, voll. 4. Fir. 1860. (El texto es más correcto que en otras ediciones; pero la Introducción y las Notas estan salpicadas de impropiedades contra el Pontífice y de frases que revelan un criterio parcial y manifiestamente hostil á la Santa Sede.) Compár. G. H. Regoli, Documenti relativi a S. Cat. da Siena. S. 1859. Reumont, II p. 671 sigs. Archivio storico ital. N. S. XII, I p. 21-45. Las «extravagantes» de Juan XXII en 14 títulos, y las «communes» en 5 libros y 74 constituciones. Bickell, Ueber die Entstehung und den Gebrauch der beiden Extravagantensammlungen. Marb. 1825. Walter, Lehrb. des K.-R. XIII. A. p. 205 sigs. Phillips, K.-R. IV p. 373 sigs.

V. **El gran cisma de Occidente.**
Elección de Urbano VI.

44. Al morir Gregorio XI, de los 23 Cardenales que componían el Sacro Colegio, se hallaban seis franceses en Avignon y uno en Toscana; de los 16 restantes que se encontraban en Roma, 11 eran franceses, cuatro italianos y uno español (Pedro de Luna, diácono de Santa María de Cosmedin.) Estos últimos entraron en el cónclave el 7 de Abril de 1378. Los franceses estaban desnudos, porque los de procedencia limosina, que á todo trance querían conservar el pontificado que habían monopolizado durante 36 años, despertaron con su intransigencia la rivalidad y la aversión de los demás Cardenales de esa nación. Por su parte, los romanos que ya habían intentado anteriormente hacer triunfar la candidatura del abad de Monte Casino, su compatriota, enviaron á los Cardenales una comisión compuesta de su senador y de los presidentes de las doce regiones, para suplicarles que eligiesen un Papa de origen romano, ó á lo menos de nacionalidad italiana, que, estableciendo su residencia en Roma, fuese capaz de reorganizar los dominios de la Iglesia y de restablecer la paz y el orden en Italia.

En tanto que estuvo reunido el cónclave, tomaron un carácter alarmante los clamores y gritería del pueblo romano; á las puertas del Vaticano se pronunciaron gritos sediciosos; todo el mundo pedía un Papa oriundo de Roma. La elección recayó en el Arzobispo de Bari, Bartolomé de Prignano, eminente canonista, que había desempeñado cargos importantes en la corte pontificia, haciéndose notar siempre por la severidad de sus costumbres, circunstancias que le habían conquistado el aprecio de los mismos Cardenales franceses. Pero, ya porque el elegido no se encontraba á la sazón en el Palacio pontificio, ya también para evitar en lo posible los efectos de la bárbara costumbre del saqueo, aún no abolida, se quiso guardar por algun tiempo el secreto de la

elección; esparcióse entre tanto el rumor de que ésta se había efectuado, y la multitud mostraba verdadera ansiedad por conocer al elegido. Una mala inteligencia hizo creer al pueblo que éste era el anciano Cardenal de San Pedro, Francisco Tebaldeschi, de origen romano, que por fuerza fué colocado en el solio pontificio, á pesar de sus protestas y de haberles dado á conocer el nombre del nuevo Pontífice. Algunos Cardenales temieron ser víctimas de las iras populares por no haber dado sus votos á un romano y se refugiaron en el castillo del Santo Angel. El falso rumor de que la elección había recaído en Juan de Barre, camarero del anterior Pontífice, produjo nuevos disturbios; pero todos estos manejos y tumultos no ejercieron influencia alguna en los electores, ántes bien una segunda votación que tuvo lugar á las doce del mismo día, en la que tomaron parte doce Cardenales, confirmó la elección del Arzobispo de Bari.

El orden quedó pronto restablecido; el 9 de Abril se hizo público el resultado de la votación, al día siguiente tuvo lugar en San Pedro el acto de la intronización, y el 18, fiesta de Resurrección del Señor, la coronación. Urbano VI fué reconocido universalmente como legítimo Papa; á su coronación asistieron todos los Cardenales que se hallaban á la sazón en Roma, los cuales le ayudaron en diferentes ceremonias religiosas en calidad de asistentes; solicitaron de él gracias y beneficios eclesiásticos, y al dar cuenta de lo ocurrido á sus colegas de Avignon, les hicieron notar que la elección había sido unánime y libre; por cuya razón le reconocieron también estos Cardenales, y ordenaron al comandante del castillo del Santo Angel que hiciese entrega de la fortaleza al nuevo Papa, cumpliéndose así la voluntad de su predecesor que puso por condición de dicha entrega el asentimiento de los expresados Cardenales. En Avignon se tributaron también los honores de rúbrica al escudo de Urbano VI.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 44.

Documentos relativos al cisma en general; en Reynald. n. 1378 n. 73 sig.; a. 1379 sig. Bulsens, Hist. Un. Par. t. IV. Baluz., Op. cit. Chron. S. Dion. Collection des docum. Sér. I. voll. 6. D'Achery, Spicil. I. 763 sig. Martene et Durand, Thes. nov. anecd. Par. 1717 II. 1073. Vett. Ser. Coll. ampliss. Par. 1724, II. 425 sig. Theodor. de Niem (Abreviador de los Papas de 1378 á 1410, muerto en 1417), Opp. p. 585 N. I. Ciaconii Vit. Pontif. II. 618 sig. Papebroch, S. J., Conatus chronico-hist. ad catal. Pontif. in Praefat. et tract. ad Acta SS. II. 423 sig. Du Puy, Hist. du schisme 1378-1428. Par. 1654, editado repetidas veces. Maimbourg, Hist. du grand schisme d'Occident. Par. 1678. 4; version alemana de 1792. Döllinger, Lehrb. II p. 276 sigs., Christophe, III p. 1 sigs. Schwab, Gerson p. 98 sigs. Héfele, Ueber die Entstehung der grossen abendlind. Kirchenspaltung, Beitr. z. K.-G. I p. 326 sigs. Conc. VI p. 628 sigs. Bauer, S. J., Das grosse abendl.

Schisma (Stimmen ans Maria-Laach 1871, I p. 333 sigs.). Entre los testimonios que acreditan la validez de la eleccion de Urbano, se citan: 1.º la Memoria que el mismo remitió á los Principes, titulada «Factum», Raynald. a. 1378 n. 73-96; 2.º el informe titulado tambien «Factum», que han dado á luz Bulaeus, p. 485 sig. y Christophe, III p. 349-354, cuya redaccion se atribuye á Santiago de Ravenna; 3.º Tomás de Acerno, juriscónsulto y Obispo de Luceria, Murat. R. J. Ser. III, II p. 715 sig.; 4.º Teodorico de Niem, De schism. 1. 2 sig.; 5.º Santa Catalina de Suecia, Raynald. a. 1379 n. 20; 6.º el dictámen jurídico de Baldo de Pegugia y de Juan de Lignano, en Bononia, ib. a. 1378 n. 31 sig. 36 sig. Append. ad t. V. Cont. ed. Manst. XXVI, 613 sig. 631 sig.; 7.º Góbelino Persona, Cosmódr. act. VI p. 298; 8.º la comunicacion de los Cardenales á sus colegas de Avignon y á los Principes, Raynald. l. c. n. 19. Reconoce asimismo dicha validez Teodoro Lindner, Die Wahl Urbans VI, (en la Revista hist. de Sybel, 1872, T. 28, p. 101 sigs.), y en su Gesch. des deutschen Reiches 1875 I p. 72 sig. Por el contrario combaten dicha validez: 1.º la declaratio s' instrumentum de los once Cardenales franceses y de Pedro de Luna, fechada en Anagni el 2 de Agosto de 1378. Bulaeus, p. 468 sig. Baluz., II. 821 sig. Christophe, II p. 351-360. Cf. Raynald. a. 1378 n. 63 sig.; 2.º la Vita I. Greg. XI. Baluz., I. 442 sig.; 3.º la Vita II Greg. XI. ib. p. 456 sig.; 4.º las declaraciones de testigos reunidas por Baluze, p. 999-1230; 5.º el relato de inicio schismaticis, que se encuentra en un manuscrito de Lieja, Martene, Vett. Ser. VII, 426 sig.; 6.º la protesta del Cardenal de Glandevé, Baluz., II. 816. Christophe, III p. 346-348. Las pruebas que acreditan que Urbano VI fué universalmente reconocido durante los tres primeros meses de su pontificado en Raynald. a. 1378 n. 16, 19, 92-100. Bulaeus, IV. 497-506. Reumont, II p. 1015 sigs. se atiene casi exclusivamente en esta cuestion á los datos de procedencia francesa.

Rebelion de los Cardenales.

45. Desgraciadamente para la paz de la Iglesia, desplegó Urbano VI un celo exagerado, y empleó en sus procedimientos tal firmeza y severidad, que desde luego se enajenó las voluntades de muchos que ántes le eran adictos. Reprendió con harta dureza á los Cardenales por su lujo y su avaricia, amonestó sin consideracion á los Obispos que abandonaban su residencia y se entregaban á ocupaciones mundanas, y con sus medidas reformistas y su inquebrantable amor á la justicia irritó á los franceses, harto propensos á la desobediencia, en particular al Cardenal de Amiens, Juan de la Granja, que al dar cuenta al Pontífice del convenio ajustado, por su mediacion, con Toscana, oyó de labios de Urbano severos cargos y la terrible acusacion de haber desamparado los intereses de la Iglesia. Muy luego se levantó contra él un clamor general entre los Cardenales franceses, cuyo descontento subió de punto cuando el Papa, en vez de acceder á su pretension de trasladar la corte pontificia á Avignon, les amenazó con privarles del predominio que ejercian en el sacro colegio.

Entre tanto el comandante del castillo del Santo Angel, tambieu de

nacionalidad francesa, lejos de obedecer la orden de los Cardenales, se negó á entregar al Papa las llaves de la fortaleza y formó un partido abiertamente hostil al Pontífice, al que se adhirió tambien el Arzobispo Pedro de Arlés, camarero de la Iglesia romana. A principios de Mayo dos Cardenales franceses pidieron permiso á Urbano para trasladarse á Anagni, á fin de respirar aires más saludables; inmediatamente les siguieron otros varios, unos con auencia del Papa y otros sin ella; no obstante, aun continuaron reconociéndole como legítimo Pontífice, y en calidad de tal solicitaron de él diversas gracias. Pero en el mes siguiente adoptaron ya una actitud marcadamente hostil hácia Urbano, que, sin embargo, no creyó siquiera en la posibilidad de que llevasen su enemistad al extremo de promover un cisma. Mas no hallándose contenidos por el respeto que les infundia la presencia del soberano Pontífice, dieron rienda suelta á su osadía, é incitados además por extrañas influencias, entablaron negociaciones con la corte francesa, cerca de la cual trataron de excitar sospechas y recelos contra Urbano; y por último, arrojando cada vez más la máscara, rehusaron entregar las insignias pontificias, y hasta reunieron tropas para su defensa.

La conjuracion se tramó con el más completo sigilo; de esta manera se vengaron los políticos franceses del jefe de la Iglesia que no habia hecho más que cumplir un deber sagrado al sustraer á la Santa Sede á su pernicioso influencia. Varios Cardenales, bajo el especioso pretexto de que la eleccion de Urbano VI no habia sido completamente libre, trataron de llevar á cabo una nueva eleccion en Anagni, y pusieron su propósito en conocimiento del Papa, sin duda con el designio de obligarle á abdicar, á fin de realizar con más libertad su pensamiento. Y como quiera que Urbano, en lugar de dirigirse á Anagni, como ellos querian, les invitó á reunirse con él en Tivoli, asegurándoles que nada tenian que temer ni de él ni de los romanos, por cuya razon eran inútiles las tropas que para su defensa tenian, arrojaron por completo la máscara y, declarándose en abierta rebelion contra el Papa, retuvieron en Anagni á los tres Cardenales italianos que les llevaron el mensaje pontificio.

46. Los cismáticos publicaron un acta, en la que solemnemente declararon que el Papa no tenia motivo alguno para desconfiar de ellos; pero más tarde, como arrepentidos de haber hecho tal declaracion, celebraron una reunion en casa del Cardenal de Ginebra, á la que concurrieron tambien los italianos, y allí declararon todos bajo juramento que sólo el temor de la muerte les habia inducido á tomar parte en la eleccion de Urbano y á reconocerle como legítimo Papa. Mas los italianos, aunque profundamente impresionados por las declaraciones

que se hacían en el acta, manifestaron que el deseo de la paz y sus propios intereses les aconsejaban volver al lado de Urbano, por lo que el 29 de Junio se trasladaron á Tivoli, donde el Papa celebró la fiesta de San Pedro y San Pablo. Profunda impresion hizo en Urbano VI el relato de lo ocurrido en Anagni; pero muy luégo recobró su habitual firmeza, y manifestó esperanzas de llegar á un acuerdo pacífico.

El duque Oton de Braunschweig, esposo de la reina Juana de Nápoles, interpuso entónces su mediación en favor de la paz, siquiera fuese con la mira interesada de obtener concesiones ventajosas en el Mediodía de Italia; por lo que, viendo que el Papa no accedía á sus pretensiones en las conferencias de Tivoli, hizo que se pasaran Nápoles y Aragón al partido enemigo del Pontífice. Santa Catalina de Siena le escribió varias cartas aconsejándole la predicacion de una cruzada, como medio de reconciliar los partidos, y la promoción de hombres eminentes á la dignidad cardenalicia; pero en cuanto á lo primero, el Papa no creyó que la ocasion fuese propicia ni oportuna, y para lo segundo juzgó necesario hacer aún largos preparativos.

El 20 de Julio los Cardenales reunidos en Anagni dirigieron una invitación á sus colegas italianos, pidiéndoles que se trasladasen á dicho punto, á fin de deliberar juntos lo que seria más conveniente para el bien de la Iglesia en general, y en particular de la romana. Los Cardenales dieron cuenta de la invitación recibida al Papa, y discutido el asunto, acordaron acudir á la cita, saliendo el 26 de Julio para Vicovaro los Cardenales Corsini de Florencia, Bursano de Milan y Santiago Orsini de Roma, con el propósito de servir de mediadores imparciales en el asunto. En este tiempo escribieron los trece Cardenales al Papa, manifestándole que la Sede Apostólica estaba vacante, por no haber sido libre la eleccion del Arzobispo de Bari, á quien califican además de apóstata y excomulgado que no podia obtener el perdon sino mediante la renuncia de la dignidad pontificia.

El 2 de Agosto publicaron un Manifiesto en que trataron de probar la nulidad de la eleccion del 9 de Abril; en él alegaban los cismáticos que bajo la presion ejercida por los romanos en dicho acto no habia sido posible verificar una eleccion ajustada á los cánones, y que el reconocimiento de la legitimidad de Urbano durante los tres primeros meses de pontificado no subsanaba aquella falta, en razon á que en todo este tiempo habia subsistido la misma presion. Inútil es advertir que estas eran vanas evasivas sin fundamento alguno. Lo mismo las cartas privadas que los documentos públicos, suscritos por los Cardenales franceses, demostraban con entera evidencia que no habia existido tal coaccion, que siempre fueron libres en sus actos y manifestaciones, que algunos

se habian acercado espontáneamente á Urbano VI para tributarle homenaje; y en general, todos sus hechos y sus declaraciones anteriores estaban en pugna manifiesta con su conducta de ahora.

Entre tanto los cismáticos habian ganado numerosos partidarios. En la reunión celebrada el 5 de Agosto en Palestrina propusieron los tres Cardenales italianos, á nombre del Papa, la reunion de un Concilio ecuménico para la definitiva resolucion del conflicto, á cuya opinion se adhirieron tambien los mencionados juriconsultos Baldo de Perugia y Juan de Legnano, residentes en Bolonia, lo mismo que los sabios consultados por el Rey de Francia; pero los Cardenales cismáticos rechazaron esta proposición que hubiera conciliado los intereses de todos, convencidos de que la mayoría de los Obispos estaria de parte de Urbano VI, bajo el frívolo pretexto de que siendo de la exclusiva competencia del romano Pontífice la convocatoria de un Concilio no podia tener lugar ésta por estar vacante la Sede Apostólica. Firmes en su criminal propósito, expidieron el 9 de Agosto nuevos decretos contra Urbano, calificándole de intruso y de apóstata; ganaron para su causa al duque Luis de Anjou, hermano del Rey de Francia, despatcharon diputados al Monarca francés con objeto de atraerle á su partido, y el 27 del expresado mes se trasladaron á Fondi, en el reino de Nápoles, con el intento de proceder á nueva eleccion de Papa, bajo la proteccion del conde Honorato Gaetano y de la reina Juana. El emperador Carlos IV. hizo varios esfuerzos para apartar á los Cardenales de su descabellado propósito, y sacar á salvo los derechos de Urbano; fueron tambien inútiles las exhortaciones del anciano cardenal Tebaldeschi que, en el lecho de muerte, declaró solemnemente ante testigos que Urbano VI era legitimo Papa, y que su eleccion habia sido completamente libre. Con engaños y ardises fueron atraidos á Fondi los tres italianos, y alli se verificó el 20 de Setiembre de 1378 la eleccion del antipapa llamado Clemente VII.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 45 Y 46.

Descripción del carácter de Urbano VI en Theod. a. Niem. De schisma. I. 4. 3. 7. Baluz., I. 998. 1005. 1066. 1158. 1160. 1222. Santa Catalina de Sena, ap. Raynald. a. 1378 n. 26 decía: movisse Cardinales rebellionem, cum ipso sordescere vitium non pateretur, mientras que el Cardenal de Bretaña le llama homo furiosus (Baluz., I. 1003. 1114. 1143). Respecto de la politica francesa: Bulaeus, p. 523 sig. D'Achery, Spic. I. 767. Christophe, III. p. 12-19. Héfele, VI p. 650-667. Reumont, II p. 1023 sigs. Bulaeus, p. 508. 527 sig. 478 sig. Baluz., I. 1049 sig. 1008. Raynald. a. 1378 n. 40. 44 sig. Cartas de Carlos IV alusivas á esta cuestion: Pelzel, K. Carl IV., Tom. II. Documentos, p. 389. Palucky, Gesch. v. Böhmen III. I p. 6 sig. Sobre Santa Catalina de Siena Vita P. III c. 1 n. 332. 334. Reumont, II p. 1030 sigs. 1034 sigs. Christophe. III p. 19-23. Héfele, p. 667-671.

El 18 de Setiembre de 1378, ó sea dos días antes de verificarse la elección del antipapa, hizo Urbano una promoción de 29 Cardenales en Roma. Entre los que se hallaban el Arzobispo de Ravena, Ulán de Cambray, de 36 años de edad, unido por lazos de amistad ó parentesco con la mayor parte de los Principes de Europa; era hombre ambicioso, aficionado á la ostentación y anclio de conciencia. Los italianos le aborrecían por la crueldad extremada con que, siendo delegado pontificio, mandó degollar á los habitantes de Cesena. No obstante, opuso algunos reparos á aceptar el papel de pseudo-pontífice. Los Cardenales de Avignon le reconocieron desde luego, y el 16 de Noviembre hizo lo propio el Monarca francés Carlos V, que hizo el triste papel de principal promovedor y defensor del cisma. En Diciembre de 1378 trató Clemente de consolidar su situación haciendo una promoción de Cardenales de su parcialidad; envió asimismo delegados á todos los Principes cristianos, al mismo tiempo que el Rey de Francia despachaba cartas y embajadores para atraer á su partido á los diferentes Soberanos de Europa.

A pesar del eficaz apoyo que le dispensó la reina Juana de Nápoles, el antipapa no se creyó seguro en aquel país, cuyos habitantes le eran hostiles, por cuya razon resolvió trasladarse á los Estados de su protector Carlos V; y poniendo inmediatamente por obra su pensamiento, desembarcó el 10 de Junio de 1379 en Marsella para fijar su definitiva residencia en Avignon. Los tres Cardenales italianos vieron demasiado tarde que habian sido víctimas de un engaño; pero aunque continuaron llamándole Padre Santo, no se resolvieron á volver á la obediencia inmediata de Urbano, ántes bien persistieron en su primer proyecto de reunión de un Concilio ecuménico que decidiese la cuestion en el terreno canónico. Así lo manifestó el cardenal Orsini momentos ántes de morir, el 15 de Agosto de 1379; en tanto que sus dos colegas abandonaron luego su neutralidad para pasarse francamente al campo del antipapa. En el trascurso de la contienda pretendieron hacer valer los cismáticos franceses el especioso argumento de que, así como debe prestarse fe á los Cardenales cuando atestiguan la canonicidad de una elección pontificia, del propio modo debe dárseles crédito cuando declaran que aquella es anticánónica; sin parar mientes en que ántes de colocarse en esta actitud habian declarado práctica y teóricamente la legalidad de la elección; que sus manifestaciones de ahora se oponían á las manifestaciones de ántes; que habian dado testimonios contradictorios, y que existían poderosas razones para calificar de sospechosa su conducta con Urbano VI desde el cuarto mes de su exaltación.

48. El 18 de Setiembre de 1378, ó sea dos días ántes de verificarse la elección del antipapa, hizo Urbano una promoción de 29 Cardenales en Roma, entre los que se hallaban el Arzobispo de Ravena, Pileo de Prato, Agapito Colonna y el principe francés Felipe de Alençon, todos los cuales, á excepcion de tres, aceptaron la dignidad cardenalicia. No obstante la dolorosa impresion que le produjo la elección de Fondi, á fin de esperar á Urbano traer á buen camino á los extraviados, ya empleando la dulzura y enmendando los yerros que provenian de su severidad excesiva, ya tambien por efecto de la influencia que pudieran ejercer sobre los rebeldes las amonestaciones de los Principes cristianos, algunos de los cuales como Carlos IV († 29 de Nov. de 1378) y su hijo el rey Wenzel defendieron con energia su causa; y por último, mediante la impresion que el juicio desfavorable de casi toda la cristiandad debía ejercer sobre los extraviados Cardenales, especialmente de aquellos que no habian hecho más que seguir las insinuaciones de los cabecillas del cisma; así es que únicamente despues que se desvanecieron por completo estas esperanzas, sobre todo á consecuencia de la actitud hostil que adoptó Francia, respecto de su persona, se resolvió á publicar la bula del 29 de Noviembre de 1378 contra los promovedores del cisma: Roberto de Ginebra, Juan de Amiens y sus parciales. En Italia trabajó sin descanso en favor de la justa causa de Urbano Santa Catalina de Siena, hasta su muerte ocurrida en 1380; tambien Inglaterra permaneció fiel al legítimo Pontífice, y no consintió la permanencia en el país á los delegados del antipapa; con igual resolucion se negó el conde de Flandes á reconocer á Roberto de Ginebra que ántes habia declarado legal la elección de Urbano; la dieta de Francfort reconoció á éste como legítimo Papa en Febrero de 1379, y el rey Wenzel se negó á recibir á los diputados del pretendido Clemente VII; en Alemania se reducia el partido de éste á cuatro Principes del Imperio, algunos señores y un corto número de ciudades. En un principio hasta la Universidad de Paris se declaró francamente en favor de Urbano y despachó tres individuos de su seno para tributarle homenaje; pero la corte apeló á todos los medios posibles, á fin de arrancar á una parte de los profesores una declaracion favorable á Clemente VII, documento que lleva la fecha del 24 de Mayo de 1379; en tanto que Inglaterra y Picardia optaron luego por la neutralidad. En un principio permanecieron tambien neutrales Aragon y Castilla, en el primero de cuyos reinos trabajaban: el cardenal Pedro de Luna en favor de Clemente y el religioso franciscano Pedro, tío del Rey de Aragon, por Urbano VI; esperábase en estos países á que un Concilio ecuménico resolviese la cuestion, sin tener en cuenta que Francia estorbaria la ejecucion de ese proyecto; pero más tarde se

pasaron también estos reinos al campo del antipapa, como antes lo hiciera Escocia, cediendo á las sugerencias de Francia. A pesar de estas defecciones puramente oficiales, la mayor parte del mundo cristiano seguía en la obediencia de Urbano VI. Por lo demás, el cisma, no tan sólo hizo mella en las naciones, sino que también cundió á las diferentes congregaciones y á los individuos, formándose en todas partes bandos de Urbanistas y Clementinos que se hacían cruda guerra; y para que no faltase nada de lo que caracteriza un cisma, en muchos puntos existían Obispos de las dos obediencias, todo lo cual contribuía á enardecer más y más la contienda.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 47 Y 48. — Bulaeus, IV. 522. Baluz., I. 488. 537. Theodor. I. c. I. 8. Ciaconii, II. 671. sig. Reumont, II p. 1033 sig. Christophe, p. 24 sigs. Bauer I. c. p. 337 sigs. La declaration de Orsini en Reynald. a. 1379 n. 3. Theodor. I. 12. 15-17. 19. Baluz., I. 491. 533. 549. 1010. Bulaeus, p. 524. 566. 570 sig. 578. Reynald. a. 1379 n. 30 sig. 42. 1378 n. 59. 62. 103 sig. Atropellos cometidos por los Clementinos contra los Urbanistas: Theodor. I. 29; y por los Urbanistas contra los Clementinos: Vita I. Clem. Baluz., I. 496. Christophe, p. 30-36. Hélie, p. 672-676.

Luchas de Urbano VI — Guerra con Nápoles.

49. Los romanos permanecieron fieles á Urbano, quien con su apoyo y el de varias compañías de asalariados que tenía á su servicio obtuvo, el 28 de Abril de 1379, una brillante victoria sobre las tropas bretonas de los Clementinos, á consecuencia de la cual se entregó también el castillo del Santo Angel, que hasta entonces había causado á la población daños considerables. Urbano, que se había visto precisado á vivir en Trastevere, pudo trasladar ahora su residencia al Vaticano, y después de sofocar un ensayo sedicioso, ejercer libremente en la ciudad su autoridad soberana. Sin embargo, veíase constantemente amenazado por la reina Juana de Nápoles, protectora del antipapa, que tuvo hasta el inmoble propósito de apoderarse de la augusta persona del Pontífice. Pero Urbano fulminó la excomunión contra la reina y declaró caducos sus derechos al trono; en su consecuencia, llamó á su primo Carlos de Durazzo, sobrino del Rey de Hungría, para ceñirle la corona feudalitaria de Nápoles, en su calidad de sucesor de Carlos II de Anjou. Para sufragar los gastos de esta expedición vendió y empeñó algunos bienes de la Iglesia y hasta vasos sagrados. También Santa Catalina aninó al príncipe Carlos á llevar á cabo esta empresa; en Agosto de 1380 se presentó en Roma, obtuvo la dignidad de senador, y el 2 de Junio

de 1381 ciñó el Papa sus sienes con la corona de Nápoles, después de prestar en sus manos los juramentos usuales como vasallo feudatario de la Sede Apostólica. Carlos III ofreció recompensar á los parientes del Pontífice con la entrega de importantes territorios, y contando con el valioso apoyo del pueblo, se apoderó fácilmente de todo el reino de Nápoles, y sucesivamente de sus Monarcas, el duque de Braunschweig que cayó prisionero el 24 de Agosto y la reina Juana. Esta había adoptado por hijo y declarado heredero á Luis, duque de Anjou, que no sólo obtuvo la confirmación del antipapa, sino también la promesa formal de recibir en feudo los Estados pontificios, con el nombre de reino de Adria. Pero la muerte de Carlos V de Francia, acaecida el 16 de Setiembre de 1380 y la necesidad que tuvo de hacerse cargo de la realeza durante la minoría de Carlos VI, le obligaron á retardar su expedición hasta el mes de Mayo de 1382, después de recibir en Febrero la corona de manos de Clemente.

Habiéndole autorizado el mismo antipapa para levantar grandes sumas de dinero, con las que logró reunir uno de los ejércitos más numerosos que se habían visto entonces, de suerte que Urbano VI vio tan comprometida su situación, que invitó á todos los fieles á acudir á la defensa de la Sede Apostólica, concediéndoles los privilegios y gracias de los cruzados. Pero Luis no osó presentarse delante de Roma, y las enfermedades diezmaron de tal modo su ejército, que no pudo lograr ninguna ventaja positiva en Nápoles. El 22 de Mayo de 1382 mandó Carlos III dar muerte á la princesa Juana en venganza del asesinato cometido en la persona de su primer esposo, tío de Carlos; siguió luego defendiéndose con energía y valor contra el numeroso ejército francés, cuya completa disolución parecía inevitable, hecho que produjo tan penosa impresion en el ánimo de Luis que aceleró su muerte, ocurrida en Bari el 30 de Setiembre de 1384. La pérdida del caudillo acabó de aniquilar el ejército, cuyos oficiales regresaron á Francia. Por este lado nada tenía que temer ya Urbano VI.

50. El anciano Pontífice, desatendiendo las observaciones de varios Cardenales, se trasladó en Octubre de 1383 al Estado feudatario de Nápoles; en Aversa le recibió con grandes demostraciones de cariño Carlos III; mas habiendo pasado á la capital, empezó el Príncipe á tratarle como prisionero; según parece con el intento de obligarle á renunciar las concesiones que había hecho en favor de sus parientes, por más que estuviese ya el firme propósito de no cumplirlas. Por mediación de los Cardenales se ajustó un convenio, en virtud del cual Carlos pidió perdón al Pontífice, y en apariencia á lo ménos le trató con muestras de respetuoso homenaje. Pero cierto delito cometido por un sobrino del

Papa volvió á turbar estas amistosas relaciones; no obstante, Urbano VI reclamó con su habitual energía el cumplimiento de sus derechos de Soberano feudal, y Carlos se mostró por algun tiempo ménos exigente, por reclamarlo así sus propios intereses.

En Mayo de 1384 se trasladó el Papa con toda la Curia á Nocera, donde se le preparaban nuevos disgustos. Como tratase de poner coto á los excesivos tributos que se imponian al pueblo, Margarita, esposa de Carlos, adoptó en Nocera tales medidas que produjeron gran escasez de comestibles. La muerte de Luis de Anjou, en lugar de mejorar esta situación, no hizo más que empeorarla en términos que algunos de los Cardenales le negaron la obediencia.

Tantos desengaños habian engendrado gran desconfianza en el ánimo del anciano Pontífice, en tanto que su celo exagerado y el desprecio que siempre hizo de los consejos que se le dieron, juntamente con las molestias que les ocasionó la residencia en Nocera, irritaron más y más á los Cardenales; el de Rieti llegó á tramar un complot en union con el rey Carlos, al que luego se adhirieron otros cinco purpurados, á fin de deshacerse del severo Papa, á quien calificaban además de inepto. Al efecto encargaron á varios jurisconsultos la redaccion de informes, en los que se sostenia la teoria de que todo Papa, que por incapacidad ó por alucinacion fuese perjudicial á la Iglesia debia ser colocado bajo la tutela de algunos Cardenales, con la obligacion de consultarles y desometerse á su fallo en todos los asuntos importantes. Hasta se dice que algunos de los conjurados propusieron el nombramiento de un tribunal que juzgase al Papa. Este recibió del Cardenal de Manupello noticia del complot ántes del 13 de Enero de 1385, que era el señalado para su ejecucion; y para desbaratarle celebró el dia 12 un Consistorio, á la conclusion del cual mandó apresar y encarcelar á seis Cardenales, á los que, sin embargo, no pudo arrancar confesion alguna, ni aun con el empleo del tormento, la comision encargada de juzgarlos y sentenciarlos.

El rey Carlos, acusado de complicidad, recibió orden de presentarse en Nocera á responder de los cargos que se le hacian; y no habiendo comparecido fulminó contra él la excomunion, y le declaró incurso en la pena de destitucion, al mismo tiempo que aplicó á Nápoles el interdicto. Carlos puso en duda la validez de estas censuras, lo que no le impidió imponer duros castigos á los eclesiásticos que las observaron y sitiár al Papa en Nocera. Una vez tomada la poblacion, se defendió Urbano en la ciudadela durante seis meses con valor inquebrantable. Al cabo de este tiempo libró al Pontífice de tan inminente peligro la accion combinada de una armada genovesa y del conde Raimundo de Nola, que con los restos del ejército francés puso en fuga á los sitiado-

res; mas al salir de un peligro cayó en otro mayor, porque los asalariados franceses le amenazaron con entregarle en Avignon al antipapa, viéndose precisado á pagarles una suma de dinero considerable; á pesar de esto tuvo que cambiar su itinerario y tomar un gran rodeo para dirigirse á Génova, adonde llegó el 23 de Setiembre de 1385. Llevó consigo á los Cardenales prisioneros, de los cuales dió libertad únicamente al Cardenal de Aston á ruego del Rey de Inglaterra; los otros cinco ó perecieron en la prision ó fueron ejecutados. Esta nueva muestra de severidad perjudicó no poco la causa del anciano Papa, hijo de cuyos Cardenales, Pileo de Prato y Galeoto de Petramala, se pasaron entónces al antipapa, quien los recibió amigablemente, confirmándolos en sus cargos y dignidades.

Muerte de Urbano VI.

51. Entre tanto fué llamado Carlos III á ocupar el trono de Hungría, cuyo pueblo le recibió con demostraciones de júbilo, aunque pronto se hizo odioso por su carácter severo, muriendo asesinado en 1386. Una fraccion del pueblo proclamó Rey de Nápoles á Luis, hijo del difunto duque de Anjou, á la sazón de nueve años; pero la reina Margarita, viuda de Carlos III, entabló negociaciones con el Papa, á fin de obtener la corona para su hijo, y para ganar la voluntad de Urbano dió libertad á su sobrino, enviándole con lucido acompañamiento á Génova. El Pontífice, que habia establecido su residencia en Lucca, desde el 24 de Diciembre del año expresado, mostróse francamente adverso á la causa de Ladislao, sin que le hiciese mudar de parecer la noticia de la sumision de Nápoles á la autoridad pontificia. Pero en el verano de 1387 se apoderaron de esta ciudad Oton de Braunschweig y el conde Tomás de Sanseverino con el propósito de entregarla al jóven Principe Luis de Anjou. Profundamente contristado por este hecho se trasladó Urbano á Perugia en Setiembre del año expresado, y empezó á hacer los preparativos para reducirla á la obediencia; mas la falta de recursos no le permitió terminar sus armamentos hasta el mes de Agosto del año siguiente, en que logró reunir un ejército de asalariados ingleses. Sin embargo, ántes de emprender la marcha se suscitaron disensiones entre ellos, á consecuencia de las cuales abandonaron muchos las filas, quedando reducido el ejército á 200 jinetes, con los que avanzó Urbano hasta Ferentino. Sin medios para continuar la expedicion y presintiendo que se acercaba el fin de su vida, regresó á Roma en Octubre de 1388, invitado por los mismos romanos. Esto no obstante, pronto tuvo que sofocar una rebelion promovida por los descontentos y revolucionarios de siempre.

Agobiado por el peso de los años, y más aún por los disgustos y penalidades que sufrió desde los primeros días de su pontificado, falleció Urbano VI el 15 de Octubre de 1389, aborrecido por la gran mayoría del pueblo romano. Demostró siempre inquebrantable amor á la justicia, de lo que dió buena prueba al rechazar los ofrecimientos de Juan Galeazzo Visconti de Milan, asesino de su tío; y se hizo notar asimismo por una intachable pureza de costumbres, unida á una gran sencillez en su género de vida, y por su profunda aversion á la simonía y á la ignorancia, vicios que combatió con energía; pero le faltó esa prudente moderacion y esa fortaleza de alma que saben hermanar la majestad del más alto poder de la tierra con la verdadera humildad y la mansedumbre, evitando así el desvanecimiento y el vértigo que suelen dominar á los que se encuentran en tan elevadas alturas. Más propenso á la severidad que á la mansedumbre, faltábale esa bondad y esa dulzura de carácter que cautivan los corazones, y que lejos de enajenarse voluntades saben hacer amigos de los más decididos adversarios; así es que no sólo alejó de sí á los Cardenales que le dieron sus votos, sino que se enemistó igualmente con los que él mismo había nombrado. Fué un verdadero azote para la Iglesia el que ocupara el solio pontificio un Papa de carácter tan severo y de tan rudas maneras, que no podía ménos de acarrear á la cristiandad males sin cuento, en una época en que los Príncipes y las naciones no atendían más que á sus intereses materiales.

El antipapa en Avignon.

52. El intruso rival de Urbano quedó por la muerte del legítimo Papa en situación altamente favorable. Es verdad que tenía que someterse á los caprichos del Monarca francés y sufrir las insolencias y demasías de sus ministros y cortesanos, viéndose no pocas veces precisado á comprar los favores de la corte de Paris, imponiendo vejámenes á las iglesias de Francia, harto oprimidas y esquilgadas ya por dobles impuestos; pero en cambio ganaba cada dia más terreno, veía aumentar su partido y se consolidaba su situacion en términos que el mismo Estado napolitano le prometió obediencia en 1387. Por otra parte, su colegio de Cardenales, no sólo se componía de los purpurados más antiguos procedentes del pontificado de Gregorio XI, sino tambien de otros nuevos no ménos eminentes, entre los que se hizo notar por su acendrada piedad el jóven principe Pedro de Luxemburgo, que murió en olor de santidad, siendo la admiracion de sus contemporáneos, el 2 de Julio de 1387, cuando sólo contaba 18 años de edad. Los partidarios de Clemente

sostienen que en su sepulcro se obraron milagros que se presentaron como pruebas de la legitimidad del antipapa. Entre los factores que favorecieron su causa deben contarse como principales: el prestigio de las Universidades de Paris y de Bolonia, los esfuerzos que él mismo hizo para el mantenimiento de la pureza de la fe y su carácter apacible, que formaba contraste con las maneras rudas y adustas de Urbano. Ganóle tambien las voluntades de muchos el ofrecimiento que hizo de encomendar á un Concilio general la resolucion del conflicto, por más que no admitió esta solucion sino cuando un conjunto de circunstancias favorables parecían asegurar el triunfo de su causa; entónces ofreció reconocer á Urbano VI como decano de los Cardenales si el Concilio declaraba legítimos sus derechos; en el caso contrario se pondría incondicionalmente á las órdenes de Urbano. Mas éste, aguijoneado por los recelos y las desconfianzas, rechazó ahora una solucion que él mismo había defendido anteriormente, fundándose en que sus derechos eran indiscutibles. Poco despues de la muerte de Urbano VI verificó Carlos VI de Francia un viaje á Avignon, donde se le hizo un brillante recibimiento y se celebraron en su honor grandes fiestas; el antipapa le hizo además importantes concesiones respecto de los bienes de la Iglesia y de la provision de cargos eclesiásticos. De esta manera se azotaba al clero francés con el mismo látigo que él se había fabricado.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 50 Á 52.

Raynald. a. 1379 n. 24. 31. 34. Theod. I. 41 sig. 45. Gobelín. Persona, p. 296 act. VI. 78. Decreto contra Juana: Raynald. a. 1380 n. 2. Papencordt, p. 445 sigs. Reumont, p. 1039 sigs. 1057 sigs. Christophe, p. 36 sigs. Schwab, p. 117 sig. Theod. I. c. 69. Gobelín. Persona, p. 311. S. Antonin. P. III p. 406. Murat., Annali d'Italia a. 1389. Christophe, p. 71 sigs. 82 sigs. Reumont, p. 1061 sigs. Vejaciones de la corte de Avignon: Nicol. de Clemangis, De corrupto Eccl. statu p. 26 ed. Lugd. Batav. 1613. v. d. Hardt, Conc. Const. I, III p. 46. Chron. Caroli VI. a. monach. S. Dionys. L. II c. 2. Collect. de Docum. inéd. sur l'Hist. de France. Par. 1839 Sér. I. Bulaeus, IV. 582. Sobre Pedro de Luxemburgo: Vita in Act. SS. 2 Jul. Duchesne, Hist. des Cardinaux français, II. 701 sig. Christophe, p. 79-81. Discurso de Pedro d'Ailly acerca de sus milagros Bulaeus, IV. 631 sig. Sobre la proposicion relativa al Concilio: ib. p. 618. S. Antonin. P. III tit. 22 c. 2 § 14. Theod. a. Niem, I. 66. Viaje de Carlos VI á Avignon Chron. S. Dionys. L. X. c. 8. 9. Joh. Juvenal. de Ursinis p. 74. 76. Christophe, III p. 84 sig.

El papa Bonifacio IX.

53. Los Cardenales de la Iglesia romana, desentendiéndose por completo de las pretensiones del intruso, eligieron al cardenal Pedro Tomacelli, de edad de 40 años, descendiente de una familia noble de Ná-

poles, reducida á la pobreza, que tomó posesion del solio pontificio el 2 de Noviembre de 1389 con el nombre de Bonifacio IX. Era de elevada estatura y buena presencia, de costumbres puras, afable y prudente, cualidades que suplian su inexperiencia en los negocios y la excesiva indulgencia que tuvo con sus parientes. Concedió indulto á muchos de los reos condenados por su predecesor, reanudó las interrumpidas relaciones con la reina Margarita de Nápoles, y después de ceñir con la corona las sienes del jóven Ladislao en Gaeta, en Mayo de 1390, le dispensó tan eficaz apoyo que le hizo salir triunfante en la guerra que sostuvo con la casa de Anjou, terminando su obra con la sumision de Nápoles, que de esta manera volvió á la obediencia del romano Pontífice. Tras una lucha prolongada logró tambien restablecer la autoridad pontificia en los dominios de la Iglesia; mandó entónces fortificar el Capitolio y restaurar el castillo del Santo Angel, con lo que llegó á dominar en Roma con más omnimoda autoridad que ninguno de sus predecesores. Desplegó gran severidad en la represion de abusos, pero tambien impuso cargas harto pesadas á las iglesias, aunque en su vida privada fué siempre modelo de frugalidad y modestia.

Habiendo fulminado contra él el anatema el antipapa avignonense, se tomó un largo plazo para contestarle y lo hizo en términos conciliadores. Ante todo trató de atraer á los que se habían separado de la Sede Apostólica, valiéndose del duque Estéban de Baviera, hombre de carácter enérgico y constante; á Roberto de Ginebra le ofreció el nombramiento de vicario general y delegado apostólico fuera de Italia, Inglaterra y Portugal, y la confirmacion de sus Cardenales en sus respectivas dignidades si reconocia á Urbano VI como legítimo Papa y solicitaba la absolucion. En otro documento pontificio del 1.º de Mayo de 1391 declaró inadmisibile cualquier procedimiento para acabar con el cisma que no partiese de la sumision de los Clementinos; la Sede Apostólica, decia, habia estado aherrojada en las márgenes del Ródano durante 75 años, al cabo de los cuales, segun la prediccion de Santa Brígida de Suecia y de Pedro de Aragon, la volvió el Señor á su verdadero asiento, llamando á sí á Gregorio XI ántes que pudiese realizar su propósito de trasladar allí nuevamente su residencia. Tocante al proyecto de reunir un Concilio ecuménico para poner fin al cisma le califica Bonifacio de osado ataque al órden establecido por Dios; acusa á Francia de haberse adherido á la parcialidad de Clemente por motivos puramente materiales y de haber prestado fe á calumniosos rumores; pero atendiendo á los méritos contraidos por esta extraviada nacion en la defensa de la fe, la promete pedir á Dios sin cesar que la haga volver al seno de la verdadera Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 53.

Detalles sobre el Cónclave celebrado en Roma en Döllinger, Beitr. III, p. 361 sigs.; Compar. p. 354 sigs. Vita Bonif. IX. Murat., III, II p. 830 sig. Theod. a Niem., L. II c. 6. 13 sig. Baluz., Vit. Pap. Av. I. 524 sig. Pietro Minerbetia 1389 c. 16; 1390 c. 9. 32; 1394 c. 6. Gobelin. Persona, Cosm. VI. 84. Raynald. a. 1389 n. 13 sig.; 1390 n. 6 sig.; 1392 n. 4 sig.; 1393 n. 5. Encycl. Bonif. D'Achery, Spic. I. 766 sig. Papencordt, p. 448 sigs. Reumont, II p. 1069 sigs. Schwab, p. 119. Christophe, p. 86 sigs. Hefele, p. 691 sigs.

Trabajos para poner fin al cisma.

54. Toda la cristiandad se hallaba preocupada con el pensamiento de aplicar eficaz remedio á la profunda herida que se habia abierto á la Iglesia. Pero en medio de la confusion general nadie osaba entrar decididamente por el camino que llevaria al reconocimiento del legítimo Pontífice, y Francia no se mostraba dispuesta á reconocer su yerro. La Universidad de Paris, que desplegó gran actividad en este asunto, expuso el año 1381, en una audiencia con el Rey, el disgusto general que reinaba en la Iglesia á consecuencia del cisma, y aconsejó tambien la reunion de un Concilio ecuménico que pusiera remedio á tantos males. Pero el duque de Anjou, á la sazón regente del Reino, mandó prender á su presidente Juan Ronce, cuya franqueza le habia herido, y cuando le dió libertad lo hizo con la prohibicion expresa de que la Universidad volviese á tratar aquel asunto; en vista de lo cual Juan Ronce se retiró de Paris con otros eruditos, y vivieron desde entónces al lado de Urbano VI. Por este tiempo escribió tambien su libro « Llamamiento á la paz » Enrique de Langenstein, en el que aboga igualmente por la reunion de un Concilio ecuménico, que en su sentir puede celebrarse sin la intervencion del Papa.

En Octubre de 1385 alcanzó la Universidad de Paris un real decreto prohibiendo las colectas de dinero que hacia la corte del antipapa, contra las que se levantaron unánimes protestas en todo el reino, por cuya razon las suspendió el mismo Clemente. Pero en general quedaron las cosas como ántes y se oyeron por doquier las mismas quejas; bajo la regencia del duque de Berry, á quien unian estrechos lazos de amistad con el antipapa, se afianzaron más las relaciones de las cortes de Paris y de Avignon. A pesar de eso, la Universidad no interrumpió sus trabajos en favor de la paz. Ejercía á la sazón en ella el ministerio docente Juan Charlier, llamado Gerson, de su pueblo natal. Nació el año 1363; desde 1377 vivió en el colegio de Navarra, en Paris, y era por este tiempo uno de los más famosos doctores de Europa. El 6 de Enero

de 1391 predicó este sabio en presencia del Rey, conjurándole á él y á sus tíos á dar oídos á las reclamaciones de la Universidad y á adoptar eficaces medidas á fin de poner fin al cisma, para lo cual recomendaba á todos los fieles la oración y el ayuno. Pero sus palabras no produjeron el deseado efecto; y las esperanzas de llegar á un arreglo se desvanecieron cuando se supo que el rey Carlos había sido atacado de un acceso de locura en Agosto de 1392.

Después de su curacion le envió el obispo Bernardo Allamand de Condom un Tratado sobre el cisma, y en una carta, que produjo en Avignon malísimo efecto, le exhortó á buscar el remedio de aquella calamidad. Poco después se presentó al Rey el piadoso prior cartujo Pedro de Asti, acompañado de un religioso de su Orden, y le entregó un escrito de Bonifacio IX, fechado el 22 de Abril, en el que por las virtudes de sus antepasados le conjuraba á que interpusiera su mediación para el restablecimiento de la unidad eclesiástica. Los dos cartujos fueron presos en Avignon; pero se les dió libertad por haber mediado en su favor la Universidad de Paris, á cuya ciudad fueron enviados en compañía de un juriconsulto encargado de refutar sus argumentos. El Rey los recibió favorablemente en Navidad, despachándoles con una respuesta muy conciliadora, en la que sin embargo no se dejaba traslucir la menor intención de reconocer á Bonifacio IX, ántes muy al contrario, se le culpaba de ser el causante del cisma; también se invitó á los Príncipes de la Italia superior á trabajar en el restablecimiento de la paz religiosa.

Con más esperanzas de éxito que nunca, á partir del mes de Enero de 1393, dispusieron la Universidad y el clero de Paris que se celebrasen solemnes procesiones de rogativa, que tuvieron lugar con gran concurrencia del pueblo, y á las que últimamente asistió también la corte. El antipapa mandó igualmente hacer rogativas en Avignon, y compuso él mismo una misa de paz, que envió á Paris en Febrero de 1393; pero al propio tiempo dió al religioso carmelita y profesor Juan Goulain el encargo de combatir el proyecto trazado por varios eruditos de dicha Universidad y sostenido por casi todos sus profesores, en el que se defendía la necesidad de que abdicasen ambos Papas.

Entre tanto el Rey de Francia había tenido una recaída en su enfermedad, y como sanase nuevamente, emprendió, al finar el año expresado, una peregrinacion al Monte de San Miguel, cerca de Avranche. Aprovechóse la Universidad de esta coyuntura para renovar sus gestiones en favor de la paz, y obtuvo autorizacion para proponer los medios de acabar con el cisma; entónces la ilustrada corporacion, después de celebrar el 25 de Enero de 1394 una fiesta religiosa en accion de gracias,

expidió una circular pidiendo informes á los hombres más eminentes de aquel tiempo. Una comision se encargó de poner en orden los dictámenes recibidos, con los cuales el erudito Nicolás de Clemenge redactó una excelente Memoria que se entregó al Rey.

OBRA DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 54.

Chron. S. Dionys. Carol. VI. L. II c. 2; VI. 12; XIII c. 5. 6. 14 p. 88 398 sig. t. II p. 52; XV c. 2-5. Bulaeus, IV. 562 sig. 680. 687. 699. 705 sig. Henrici de Hassia Consilium pacis ap. Du Pin. Gerson. Opp. II. 809-840. v. d. Hardt. Conc. Const. II, I p. 261. Un extracto del mismo en Schwab, p. 121 sigs. Aschbach, Gesch. der Wiener Univers. Wien 1865 p. 374. Christophe, p. 97 sigs. El discurso pronunciado por Gerson en 1391: Gers. Opp. III 980 sig. Cf. ib. p. 1204 sig. Schwab, I. c. p. 126 sig. La carta del Obispo de Condom en Martene, Thes. II. 1130. La carta de Bonifacio IX en D'Achery, Spic. I. 768 sig.

Muerte del antipapa.

55. Tres medios se proponían en la expresada Memoria para dar fin al cisma: 1.º la cesion ó dimision voluntaria de los dos Papas; 2.º un compromiso por el que ambos se sometiesen á la resolucion de jueces árbitros; 3.º la reunion de un Concilio ecuménico. La mayor parte de los llamados á intervenir en este asunto optaron por el primer proyecto, por considerarle de más fácil realizacion que los demás; en el caso de ser aceptado, se acordó que en la nueva eleccion tomarian parte, ó bien los Cardenales nombrados con anterioridad al año 1378 solamente, ó todos los que militaban en uno y otro partido. El segundo proyecto ofrecia ménos probabilidades de éxito, y el tercero se tenia por casi imposible, en razon á que, siendo escasa la instruccion de muchos Obispos y harto evidente la parcialidad de algunos, era preciso invitar al Concilio un número igual de doctores, lo que daría lugar á interminables disputas y controversias. Se acordó también que si los dos Papas rehusaban los tres medios propuestos se les condenaria, como cismáticos contumaces, á sufrir las más duras penas eclesiásticas.

Pero los autores y defensores de estos proyectos no tuvieron en cuenta que los dos partidos, con sus respectivos jefes, tenían por indiscutible su derecho, y cada uno condenaba como cismático al contrario; que además era injusto tratar bajo un mismo pié al intruso que al legítimo Pontífice; que en el primer proyecto se hacia caso omiso de la cuestion de derecho, y los otros dos no eran medios adecuados para llegar á una solucion equitativa; por último, era una verdadera innovacion de carácter revolucionario el poner en manos de los doctores la resolucion de un asunto puramente eclesiástico de tan capital importancia. Tanto el

antipapa, desde Avignon, como los agentes que tenía en diversos puntos, en particular el astuto Cardenal de Luna, trataron de contrarrestar la influencia de la Universidad, cuyo pensamiento expuso Gerson en una brillante peroración de Pascua; hasta qué punto tuvieron éxito sus gestiones lo demuestra la orden que se le comunicó el 30 de Junio de 1394, prohibiéndola ocuparse más en la cuestión debatida, y has-ta escribir ó leer cartas que tratasen del asunto sin autorización del Rey.

Todos los pasos que se dieron para revocar ó modificar este despótico acuerdo fueron vanos; lo único que se le concedió, cuando amenazó al Rey con suspender totalmente la enseñanza, fué el permiso de escribir á Clemente y á sus Cardenales; entonces se dirigió á la corte de Avignon, exigiendo la adopción de medidas enérgicas para el restablecimiento de la unidad y el castigo del Cardenal de Luna, que era su más temible adversario. Esta « emponzoñada y calumniosa carta » sorprendió no poco á Clemente, que no pudo ocultar el enojo que le produjo su lectura; pero aún se mostró más irritado contra sus Cardenales que, en una reunión celebrada sin su consentimiento, acordaron aconsejarle que aceptase uno de los tres indicados proyectos.

Así las cosas, murió el antipapa de un ataque de apoplejía, el 16 de Setiembre de 1394, á los 52 años de edad; pocos días después llegó á Avignon una carta de la Universidad parisiense, suplicándole que interpretase todas sus palabras y gestiones únicamente como pruebas de su celo por el bien de la Iglesia. Varios Principes y otras Universidades, como la de Colonia, tributaron entusiastas elogios á la de Paris por sus esfuerzos en favor de la paz religiosa.

Exaltación de Luna. — Nuevas negociaciones.

56. Al tener noticia de la muerte de Clemente, dirigió el Rey, de acuerdo con la Universidad de Paris, un escrito á los Cardenales de Avignon, fechado el 22 de Setiembre, en el que les ordenaba que suspendiesen por algunos días la elección de sucesor; pero adivinando el contenido de la comunicación real, resolvieron no abrirla hasta la conclusión del cónclave; sin embargo, 18 de los 21 Cardenales que le formaban firmaron bajo juramento un acta, prometiendo trabajar cada uno, si los votos de los demás le eran favorables, en la extinción del cisma, y en caso necesario, si la mayoría del colegio cardenalicio lo juzgaba oportuno, se comprometía á dimitir. El 28 de Setiembre se procedió á la elección, que recayó en el cardenal Pedro de Luna, conocido desde entonces con el nombre de Benedicto XIII. No habiendo re-

cibido más órdenes que las del diaconado, se hizo ordenar de sacerdote el día siguiente y consagrar Obispo el 11 de Octubre inmediato.

Era Pedro de Luna bajo de estatura, pero de eximio talento y arrebatadora elocuencia; poseía finas maneras que daban mayor realce á la pureza de sus costumbres y á su intachable conducta; pero le dominaba la ambición que trató de satisfacer aún echando mano de la astucia; en sus palabras se mostró siempre dispuesto á los mayores sacrificios para devolver la paz á la Iglesia; pero en la práctica se negó constantemente á renunciar la dignidad que le habían conferido los Cardenales de Avignon. Siendo muy jóven se trasladó de Aragon, su país natal, á Francia para continuar aquí sus estudios; había adquirido justa notoriedad en el desempeño de una cátedra de derecho eclesiástico en la Universidad de Montpellier, y en 1375 le dió Gregorio XI el capelo cardenalicio. Hasta poco ántes del fallecimiento del antipapa Clemente defendió con tenacidad su causa; pero últimamente le aconsejó la abdicación como medio preliminar para llegar á un acuerdo, y hasta su exaltación desplegó extraordinaria actividad en favor de la unión, por la que, en apariencia, no dejó nunca de hacer fervientes votos.

Inmediatamente reanudó las negociaciones con la corte y la Universidad de Paris; despacháronse embajadores de una parte á otra, y Benedicto anunció un nuevo proyecto de unión que él había concebido. En Febrero de 1395 se celebró en Paris, bajo la presidencia del patriarca latino de Alejandria, uno de los principales agitadores del movimiento separatista, una Asamblea del clero francés, ante la cual se presentaron dos proyectos nuevos, en los que se defendía la necesidad de hacer abdicar á Bonifacio IX, á quien los franceses consideraban como intruso, bien fuese por medios pacíficos ó por la fuerza; mas comprendiendo las dificultades con que había de tropezar la realización de este plan, se pusieron de nuevo sobre el tapete los tres proyectos anteriores, recomendándose como más eficaz el que partía de la renuncia de ambos pretendientes; pero en definitiva se dejó el asunto á la resolución del Rey. Sin embargo, por acuerdo de la mayoría de la Asamblea, se redactó una detallada instrucción para que sirviese de norma á la diputación que debía partir para Avignon. Componíase ésta de los duques de Berry, de Borgoña y Orleans, de varios prelados y algunos teólogos ó eruditos que salieron para el indicado punto en Mayo. Llegados á su destino, celebraron varias entrevistas con Benedicto, que sin regatear promesas y ofrecimientos, trató de eludir la cuestión principal con respuestas equívocas y con interminables evasivas.

Dióles á conocer su decantado proyecto, que consistía en que Boni-

facio y él celebrarían una entrevista en un punto de la frontera francesa, bajo la salvaguardia de las autoridades de la propia nación, en la que acordarían las bases para el restablecimiento de la unión. En la conferencia del 1.º de Junio combatieron los diputados de París este proyecto, demostrando la imposibilidad de su realización é insistiendo al mismo tiempo en la necesidad de la simultánea abdicación de ambos; pero el astuto Benedicto impugnó sus argumentos, dió largas treguas al asunto, y por último, el 20 de Junio publicó una bula combatiendo el proyecto de abdicación, del que se habían declarado partidarios todos sus Cardenales menos dos, y defendiendo su plan de conferencia; en el caso de que éste fracasara, proponía la mediación de un tribunal de árbitros designados por los dos pretendientes, y en todo caso declaraba hallarse dispuesto á aceptar cualquier procedimiento racional, siempre que no resultase peligro alguno para la Iglesia. Esto no obstante, hizo todos los esfuerzos imaginables para ganar á los diputados franceses, ya con halagüeñas promesas, ya con ofertas, hasta de los Estados de la Iglesia, que no le pertenecían. La habilidad de los comisionados se estrelló contra la astucia y la tenacidad del aragonés; las discusiones se prolongaron hasta el 8 de Julio; y por último, tuvieron que retirarse los diputados sin haber obtenido resultado alguno.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 55 Y 56.

Chron. S. Dion. XIII. 14. Raynald. a. 1394 n. 3 sig. Schwab, p. 127-133. Christophe, p. 98 sigs. 102 sigs. Héfele, p. 695-703. Bauer, p. 341 sigs. Chron. S. Dion. XV. 6-S. D'Achery, Spic. p. 770 sig. 786. Martene, Thes. II. 1132 sig. Vett. Ser. VII. Praef. p. XLII. 436. 479 sig. Baluz., I. 566. 1410; II. 1108. Mansi, XXVII. 313. Theod. a. Niem., II. 33. Bulaeus, IV. 707 sig. 711 sig. Cedula Cardinal. congregatorum in Conclavi, in quo Bened. XIII. electus est v. d. Hardt, I. II p. 17. Christophe, III p. 364 sigs.

Negociaciones de Francia con otros Estados.

57. Cuando hubieron regresado los embajadores convocó el Rey una segunda Asamblea de notables, del Orden seglar y eclesiástico, bajo la presidencia de su hermano el duque de Orleans. Algunos de los concurrentes propusieron que se negase la obediencia al tenaz aragonés; pero la mayoría acordó que se le dirigiesen nuevas excitaciones, y que se continuasen las negociaciones pendientes con el concurso de otros Príncipes. Enviáronse al efecto comisionados de la corte y de la Universidad á Inglaterra, Alemania, Hungría y España, á fin de asegurar la cooperación de estos reinos á la obra de la paz y su asentimiento á las medidas que se adoptasen para lograr la extinción del cisma. A fines

de Agosto de 1395, la Universidad de París pidió al Rey la abolición de las colectas pontificias, y solicitó que se suspendiese la provisión de todo beneficio ó prebenda, á fin de quitar al cisma la base principal de su existencia.

Las diputaciones enviadas á otros países obtuvieron escaso resultado. Ricardo II de Inglaterra recibió con agrado á los comisionados, y se adhirió á los deseos de la corte francesa; pero negó la solicitada autorización para entablar negociaciones con la Universidad de Oxford que, con mejor acuerdo que la de París, reconocía el legítimo derecho de Bonifacio IX, como había reconocido el de Urbano VI, desechando también el plan de « cesion » propuesto por el Monarca de Francia. Tampoco Alemania se mostró favorable á los manejos de esta nación, y por lo que respecta á España, Benedicto tuvo habilidad para explotar el orgullo nacional y hacer creer, allí como en otros puntos, que Francia se proponía hacer que se eligiese un Papa francés. El antipapa logró atraer á su partido á la Universidad de Toulouse, que en esta cuestión se dejó llevar de su rivalidad hácia la de París, y aun entre los doctores de ésta tenía el aragonés partidarios, algunos de los cuales solicitaron de él gracias y favores, de lo que se lamenta el claustrario universitario en una comunicación dirigida á los Cardenales el 28 de Diciembre de 1395, y lo que les fué terminantemente prohibido por órden del 22 de Febrero de 1396. Este centro llevó su oficiosidad al extremo de poner á discusión proposiciones como ésta: si Benedicto, á quien ella reconocía como legítimo Papa, en el mero hecho de rehusar la « cesion » podía ser destituido como perjuro y cismático por un Concilio ó si sería lícito obligarle á renunciar su dignidad; al mismo tiempo, temiendo el enojo del severo Benedicto, apeló de las censuras que pudiera fulminar contra ella al futuro y verdadero Papa. El 30 de Mayo de 1396 impugnó aquel la validez de semejantes apelaciones, sosteniendo la Universidad la teoría contraria. Esta volvió á influir en el ánimo del Rey para que despachara diputaciones á varios países, cuyas gestiones dieron por resultado un acuerdo entre Francia, Inglaterra y Castilla, por el que convinieron enviar una diputación común á Roma y á Avignon, que solicitase la dimisión de ambos pretendientes. La embajada salió para su destino en el verano de 1397, obteniendo de ambos la misma respuesta, á saber: que ante todo era preciso llegar á un acuerdo con los Cardenales en la cuestión que se ventilaba, lo mismo que con los demás Príncipes cristianos, y que á su tiempo comunicarían á sus respectivos Soberanos la resolución adoptada. Entre tanto Benedicto, contando con el eficaz apoyo del Monarca aragonés, con el del conde de Fondi, y sobre todo, con las respetables sumas de dinero de que

disponia, concibió el pensamiento de partir á Italia y destronar á su rival por la fuerza. Por otra parte, sus excelentes cualidades personales le ganaron la amistad de no pocos hombres eminentes, como Nicolás de Clemange, que nació en 1360 y en 1393 desempeñaba ya el cargo importante de rector de la Universidad de París, á quien nombró su secretario; Pedro de Ailly, que nació en 1350, era doctor en teología en 1380 y canceller de la propia Universidad en 1389, á quien nombró Obispo de Puy y luego de Cambrai en 1397 y otros. También llamó á su lado al piadoso dominico Vicente Ferrer y el inquisidor Nicolás Eymerico, escritor distinguido de la misma Orden, fué uno de los más hábiles defensores de sus pretendidos derechos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 57.

Chron. S. Dion. XV. 11 sig.; XVI. 1 sig. Martene, Vett. Scr. VII p. XLIII. 487 sig. 458 sig. 483 sig. 504 sig. 569 sig. Theos. II. 1178. Bul. p. 713 sig. 729. 740 sig. D'Achery, Spic. I. 773 sig. Mansi, XXVI. 773 sig. 792. Schwab, p. 133-138. Christophe, p. 108-120. Héfele, p. 703-719. Chron. S. Dion. L. XVI. 4. 14; XVII. 1 sig. Martene, Theos. II. 1134 sig. Vett. Scr. VII 553 sig. 616 sig. Praef. p. LI. Bulaeus, IV. 751 sig. 803 sig. 849 sig. 860. Raynald. a. 1307 n. 6. Schwab, p. 138-143. Christophe, III p. 120-128. Héfele, p. 719-725. La Universidad de Oxford sostenía la conveniencia de celebrar un Concilio ecuménico, pero únicamente con objeto de lograr el reconocimiento de Bonifacio IX por los que seguían al antipapa. Hé aquí sus palabras: Cum per tot longos temporis tractus Pseudopapá et sui complices justum Papam non audiverint, testibus etiam adhibitis non respuerint, quid restat juxta verbum Christi, nisi ut dicatur Ecclesiae? Celebrato supple Concilio generali, cujus sententiam si decreverint non audire, jam cum ethnicis et publicanis pars eorum computanda est. (Bulaeus, IV, 776.) Nicol. Eymericus contra Universitatem Paris. Dei Ecclesiam impugnantem responsiones ad XIX quaest. in Cod. Colbert. MS. 2487 f. 36 contra emissum in Conclavi per Papam et Cardinales promissorium juramentum et contra Ep. Paris. (Du Plessis, I, II p. 159.)

58. Los tres Reyes aliados de Francia, Inglaterra y Castilla trabajaron con empeño para hacer entrar en sus planes al Rey de Roma y Alemania, Wenzel, que hasta entónces habia permanecido fiel á Bonifacio, por lo que en 1396 rechazó las proposiciones de Francia. En la dieta de Francfort del año 1397 ganaron los diputados franceses á algunos Príncipes, y no habiendo asistido á ella Wenzel le dirigió Carlos VI una carta, redactada por un teólogo, invitándole á tener una entrevista con él. Se desistió de la reunion de un Concilio y de apelar á un compromiso previo para extinguir el cisma, por considerarse estos medios, además de poco seguros, opuestos al honor de ambos Monarcas, toda vez que podia resultar que uno ú otro se hubiese equivocado al reconocer la legitimidad de uno de los pretendientes, Carlos IV de

Alemania la de Urbano VI y Carlos V de Francia la de Clemente VII; acordaron ante todo mantener incólume el honor de la autoridad real, y, sin tomar en consideracion el aumento de poder y de atribuciones que del cisma podia resultar para los Soberanos, mantener en pié el proyecto de la cesion. Wenzel se mostró dispuesto á apoyar los planes de la corte francesa, en prueba de lo cual se trasladó á Reims en Marzo de 1398. En vano le hizo presente Ruperto II del Palatinado que con semejante proceder, manifiestamente injurioso á Bonifacio IX, se acarrearía grandes perjuicios, en tanto que el provecho sería sólo para Francia; que siendo esta nacion la única culpable del cisma, por el favor que habia dispensado á los Cardenales rebeldes, á ella correspondia buscar los medios de reparar el daño y la manera de deshacerse de su falso Pontífice; exhortóle por eso á no patrocinar el injusto y peligroso proyecto, por el que se pretendia obligar á dimitir lo mismo al Papa legítimo que al intruso, toda vez que de lo contrario podrían decirle sus vasallos: si tú niegas la obediencia al que te ha confirmado en la dignidad real, con igual derecho podemos negártela nosotros. Pero Wenzel se sometió á la voluntad de Francia y despachó á su secretario particular á Avignon y á Roma, acompañando á Pedro d'Ailly, para tomar parte en las deliberaciones que allí debían seguirse.

El antipapa se declaró explícitamente opuesto á toda idea de abdicacion, cuyo acto calificó de pecado mortal; por el contrario, Bonifacio IX aseguró que estaba pronto á dimitir siempre que su adversario hiciese lo propio. Como quiera que los romanos se doliesen de que hubiera hecho semejante promesa, aunque obró así de acuerdo con el parecer de los Cardenales, Bonifacio les tranquilizó, asegurándoles que el carácter inflexible de su rival no daría lugar á la renuncia. Los cuatro Monarcas aliados adoptaron el acuerdo de considerar depuesto á aquel de los dos Papas que no renunciase voluntariamente su dignidad. Inútil es advertir que tal acuerdo era tiránico, arbitrario y á todas luces ilegal, toda vez que uno de los dos Papas era legítimo, sin que pudiera servir de excusa la penuria de los tiempos.

La substracion en Francia.

59. El Rey de Francia convocó una tercera Asamblea de eclesiásticos y eruditos, tan numerosa como las anteriores, que se reunió en París bajo la presidencia de los tíos del Monarca y de su hermano, en los meses de Mayo y Junio de 1398. Concurrieron á ella el mencionado Patriarca latino de Alejandría, 11 Arzobispos, 60 Obispos, 30 abades, los procuradores de los Capítulos y de las Universidades, con gran número de

doctores, todos los cuales pertenecían á la obediencia del antipapa y eran declarados adversarios de Bonifacio IX. Tras largos debates se adoptó por mayoría de votos un acuerdo, en virtud del cual la nación francesa, en atención á que el « Papa » había quebrantado sus juramentos y caído en la deshonra, se separaba de su obediencia, acto á que se dió el nombre de *substracción*; y el 28 de Julio, en uno de los momentos que tenía de lucidez, confirmó el Rey esta resolución, con la que se declararon conformes Castilla y Navarra. Consignábase en ella que gozarían de la protección real todos aquellos á quienes dicha resolución parase perjuicio; se anulaban todas las provisiones de beneficios y prebendas hechas por la corte de Avignon; se confirmaban y garantizaban las inmunidades de las iglesias de Francia, terminando con la promesa de recabar la adhesión de los demás Estados á este acuerdo.

En el mero hecho de haber reconocido Francia á Benedicto como legítimo Papa, con perjuicio de los derechos de Bonifacio, esta resolución era completamente ilegal y suscitó desde luégo graves reparos. Influencias extrañas á la Asamblea y la sofística teoría de los doctores parisienses que recomendaron la necesidad de atender ante todo á la conservación de la Iglesia, colocada por cima de toda ley positiva, oponiendo el deber de acudir á esa defensa, á la obediencia al « Papa » por un lado; por otro la aversión que sentían los políticos franceses á una neutralidad que hubiera dejado á la nación en completo aislamiento, y la esperanza de llegar á vencer la obstinación de Benedicto, fueron las causas principales que movieron á la mayoría de esta Asamblea á adoptar una resolución que no dejó satisfecho á nadie y con la que no se logró en manera alguna el deseado objeto.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 58 Y 59.

Bulaeus, IV. 827. Chron. S. Dion. L. XIII. 10. Froissart L. IV c. 62. 67. Theod. a Niem II. 33. Martene et Durand, Vett. Ser. VII. 431. 622. Thes. II. 1172 sig. Spontan. a. 1388 n. 1 sig. La carta de Carlos VI al pueblo de Francfort en Jansen, Frankl. Reichs-correspondenz. Freib. 1863 I p. 41. Höfler, Ruprecht II. v. d. Pfalz. Freib. 1861 p. 130 sigs. Schwab, p. 143 sig. Christophe, p. 128 sigs. Héfele, VI p. 725-727. Bulaeus, IV. 829 sig. 843 sig. Mansi, XXVI. 839-882. 885-914. Chron. S. Dion. L. XIX c. 1 sig. Vota quatuor ducum en Choix de pièces inédites par Douet d'Areq. Par. 1863 I. 142-148. Martene, Thes. II. 1153 sig. Schwab, p. 144 sig. Christophe, p. 130-133. Héfele, p. 727-730. Como argumentos justificativos de la substracción se citan los siguientes hechos análogos: 1.º el ejemplo del papa Anastasio II, en Graciano c. 8. 9 d. 19; c. 69 C. I q. I; pero ni el caso tiene paridad con el presente ni es admisible; vid. mi ob. Photius II p. 347 N. 14; 2.º el Sínodo celebrado en Vienne el año 1112 bajo la presidencia

del arzobispo Guidon (Tom. III Núm. 46); pero esta Asamblea eclesiástica no negó la obediencia al pontífice Pascual II, únicamente le amenazó con tomar esa resolución.

Actitud de Luna. — Reacción en favor de Benedicto y nuevas muestras de adhesión.

60. Nada fué capaz de rendir la obstinación del inflexible Pedro de Luna: ni la adhesión de varios Estados, que hasta entónces habían sido fieles á su causa, á los acuerdos de la Universidad parisiense, ni la defección de sus Cardenales, ni las privaciones que le impuso un asedio de varios años, ni la misma fuerza bruta hicieron mella alguna en aquella voluntad de hierro. La respuesta que dió al obispo Pedro de Ailly fué que quería vivir y morir Papa, y que el Rey de Francia se precipitaba en el error, de lo que se arrepentiría más tarde. Inmediatamente empezó el mariscal Boucicaut los preparativos para el asedio de Avignon, al mismo tiempo que, en virtud de una órden real del 1.º de Setiembre de 1398, salieron de la ciudad casi todos los súbditos franceses, resolución que pusieron igualmente en práctica 18 de sus Cardenales; abandonaron su comunión todos los habitantes de Avignon y del condado venesino, entregando la población á las tropas reales; y herido el mismo antipapa el 29 de Setiembre, extenuado por el hambre y viendo minado su palacio, permaneció inflexible; ejemplo admirable de constancia que produjo una reacción en su favor en toda Francia.

A principios de 1399 presentáronse en París tres de los Cardenales que se habían apartado de la obediencia de Benedicto, pidiendo la reunión de un Concilio ecuménico y la destitución previa del antipapa; mas como quiera que los que así solicitaban hasta la prisión de su Señor pedían, con mayor empeño, la entrega de sus propios bienes y rentas, levantóse contra ellos general disgusto, por lo que el Rey ordenó al mariscal Boucicaut que procediese con ménos severidad contra Benedicto, limitándose á mantener el bloqueo de su palacio, pero sin estorbar la introducción de víveres para los sitiados. Por otra parte, el clero francés estaba muy disgustado con las cargas que le habían impuesto, como resultado de la substracción, los comisarios reales, de las que nadie más que un Papa legítimo hubiera podido librarles.

El Rey de Aragón sirvió de mediador entre Benedicto y la corte de París, y ante todo logró que, suspendidas las hostilidades contra el primero, se encomendase la custodia de su palacio al duque de Orleans que figuraba entre sus amigos. En Abril de 1399 prometió Benedicto hacer renuncia, si por cualquier medio, muerte, dimisión ó destitución forzosa, dejaba el solio pontificio su rival Bonifacio, y no hacer ni con-

sentir nada que pudiera estorbar la union. Quedó prisionero en su propio palacio sin que al parecer hiciese mella en su ánimo la defeccion de Castilla, de Navarra, Nápoles y otros países que se apartaron de su obediencia. Pero produjo gran irritacion en muchos puntos el hecho de que se le negase la obediencia despues de reconocerle por tanto tiempo como Papa legítimo. Sus excelentes prendas personales le habian granjeado la amistad de muchos hombres eminentes en virtud y ciencia, de suerte que en la misma Universidad de Paris se levantaron enérgicas protestas contra el proceder de algunos prelados que postergaban á los hombres de saber y de ciencia en la provision de los beneficios de nombramiento pontificio y los conferian de una manera arbitraria, por cuya razon, en la euaresma del año 1400 suspendió sus conferencias y sus cátedras, que no reanudó sino despues que el Rey ofreció atender sus reclamaciones, cuando ya habian partido para sus casas muchos estudiantes. Combatieron la substraccion el canceller Gerson y el Obispo de S. Pons, á cuya medida se opuso tambien el duque de Orleans, hermano del Rey. A medida que trascurría el tiempo ganaba terreno el partido de Benedicto, y en 1402 se declararon en su favor el Rey de Castilla, la Universidad de Toulouse y algunos de los Cardenales que le habian negado la obediencia, con cuyo auxilio y el de otros franceses de su parcialidad pudo huir el 12 de Marzo de 1403 al Chateau Reynard, viéndose al poco tiempo rodeado de numerosos partidarios. Una gran Asamblea de notables del Orden eclesiástico y civil, que se reunió en Paris en Mayo del año expresado, acordó volver á su obediencia, y el inteligente aragonés publicó inmediatamente un perdon general de los agravios que se le habian hecho.

Últimos años de Bonifacio IX.—Inocencio VII.

61. Bonifacio IX tuvo el sentimiento de ver separarse de su obediencia Sicilia y Génova, y de sobrevivir á la perfidia de los Monarcas Wenzel de Bohemia y Alemania, y Ricardo II de Inglaterra, que, al aceptar los proyectos de la corte francesa, pretendian imponer por fuerza la renuncia al que ántes habian reconocido como Papa legítimo. Pero ambos Reyes fueron destronados en el periodo de 1399 á 1400. Ruperto del Palatinado, sucesor de Wenzel, y todos sus electores acudieron á Bonifacio pidiendo la confirmacion pontificia de la eleccion. Mas como su nombramiento suscitó dificultades y Wenzel no accedia á renunciar la corona, fué preciso entablar negociaciones; en 1401 se rechazó una proposicion, en la que se solicitaba para Wenzel la dignidad imperial y para Ruperto la corona romano-germánica. Éste no hacia progresos

en Italia, donde Galeazzo Visconti obtuvo sobre él un señalado triunfo cerca de Brescia. Por fin el 1.º de Octubre de 1403 confirmó su eleccion el papa Bonifacio.

En Enero de 1401 volvieron los Colonnas á la obediencia del legítimo Pontífice, cuya politica triunfó tambien en Nápoles de los manejos del partido de Anjou. Gracias á estas ventajas dirigió tranquilamente los negocios desde Roma, cuando le sorprendió la muerte el 1.º de Octubre de 1404. Habiale enviado una diputacion el antipapa á fin de proponerle el proyecto de celebrar una entrevista personal para acordar las bases de la union, ó si aquella no daba resultado nombrar un tribunal de arbitraje, comprometiéndose ambos, en todo caso, á prohibir á sus Cardenales la eleccion de sucesor. Benedicto, acosado por las reclamaciones de Francia, que le exigía el cumplimiento de sus promesas, movido tambien por las enérgicas exhortaciones que le dirigió Gerson el 9 de Noviembre de 1403 en Marsella y el 1.º de Enero de 1404 en Tarascon, creyó conveniente dar algunos pasos que demostrasen sus buenas disposiciones; pero nunca fueron sinceros sus ofrecimientos, por lo que jamás autorizó á sus nuncios para que diesen seguridades, aunque sólo fuesen condicionales, de su abdicacion, ántes por el contrario estuvieron contestes en declarar que su Señor era opuesto á la renuncia. Como quiera que en la última audiencia se acalorase demasiado el Papa haciendo la defensa de sus derechos, se les acusó de asesinos de Bonifacio, por lo que se apoderó de sus personas el comandante del castillo del Santo Angel, quien, á pesar de la intervencion de los Cardenales en su favor, no les dió la libertad sino mediante el pago de cierta cantidad de dinero.

Los Cardenales romanos estuvieron indecisos sobre si procederian ó no á elegir nuevo Papa; pero como viesan que el pueblo empezaba á amotinarse y que amenazaba estallar una sedicion, se constituyeron en cónclave el 12 de Octubre, y el 17 eligieron al cardenal Cosmato Migliorati de Sulmona, que tomó el nombre de Inocencio VII. Era hombre de nobles sentimientos, adornado de virtudes eminentes, á la vez que de profundo saber; Urbano VI le nombró Arzobispo de Ravenna y Bolonia, y Bonifacio IX le elevó á la dignidad cardenalicia con el título de la Santa Cruz de Jerusalem. Lo mismo que todos los demás Cardenales de la obediencia de Bonifacio habia jurado ántes de su exaltacion emplear todos los medios posibles, incluso el de la abdicacion si era necesario, para acabar con el cisma, y se mostró partidario de la reunion de un Concilio ecuménico, que era la solucion que defendía tambien el rey Ruperto de Alemania; pero los disturbios que estallaron en Roma obligándole á residir la mayor parte del tiempo en Viterbo; la ambigua